

Hola no estoy hecho por IA

menti si lo estoy:

El viento susurraba secretos a través de los viejos robles del bosque, un sonido que solo la anciana Elara parecía entender. Vivía en una pequeña cabaña de piedra, con un techo cubierto de musgo y una chimenea que rara vez se apagaba. Su única compañía era un pequeño gato negro llamado Orión, con ojos tan dorados como las hojas del otoño.

Elara no era una anciana común. La gente del pueblo cercano la llamaba "la tejedora de sueños", pues se rumoreaba que con cada hebra de lana que hilaba, entretejía las esperanzas y los miedos de quienes la visitaban. Un día, un joven llamado Leo llegó a su puerta. Su rostro estaba sombrío y su corazón, pesado.

"Maestra Elara," dijo con voz temblorosa, "necesito que tejas un sueño para mí. Un sueño donde mi granja vuelva a florecer. La sequía es implacable y el futuro es incierto."

Elara lo miró con sus ojos sabios, llenos de la calma de los años. "No puedo tejer un futuro, joven Leo," respondió con una voz suave como el murmullo del río. "Solo puedo tejer lo que tu corazón ya guarda. Si hay desesperación en ti, eso es lo que el hilo mostrará. Si hay fe, la lana brillará."

Leo se quedó pensativo, sin entender del todo. Elara le dio una madeja de hilo de un color ocre pálido. "Toma este hilo," le dijo, "y úsalo para reparar las cercas de tu granja. No tejas con la desesperanza, sino con el recuerdo de la tierra fértil y el sol cálido que la nutrió. Con cada nudo, con cada vuelta, imagina la lluvia que llegará. Teje la historia que quieres contar."

Confundido pero sin más opciones, Leo tomó el hilo y regresó a su granja. Durante días, trabajó bajo el sol ardiente. Reparó las cercas rotas, no solo con el hilo de Elara, sino con cada pedazo de madera que encontró. Mientras trabajaba, no pensaba en la sequía, sino en las historias que su abuelo le contaba sobre cómo la tierra siempre se recuperaba, sobre la resiliencia de las semillas dormidas. Recordó la sensación de la tierra húmeda entre sus dedos y el aroma a hierba recién cortada. Con cada nudo, un poco de su fe regresaba.

Una noche, cuando la luna llena colgaba en el cielo como una lámpara gigante, el viento cambió. No susurraba, sino que rugía. Le siguieron truenos distantes, y luego, el sonido más maravilloso que Leo había escuchado en meses: el de la lluvia. No era una llovizna débil, sino una tormenta torrencial que empapó la tierra sedienta, llenando los surcos y lavando el polvo del aire.

A la mañana siguiente, Leo fue a ver a Elara. La madeja de hilo ocre que le quedaba ya no era pálida, sino que brillaba con un intenso color dorado.

"Elara, la lluvia ha llegado," exclamó con alegría.

La anciana sonrió. "No fui yo, joven Leo. El hilo solo tejió lo que ya estaba en tu corazón. Tu esperanza y tu trabajo, que parecían pequeños y frágiles, fueron en realidad la fuerza que cambió tu historia."

Leo entendió entonces. Los sueños no eran algo que la anciana le daba, sino algo que él mismo tenía que tejer con sus propias manos, con su fe y con la esperanza de que, incluso en la oscuridad más profunda, siempre hay una hebra de luz esperando a ser encontrada.